



Ramón J. SENDER

RAMÓN J. SENDER: CIEN AÑOS DE UN AUTOR EN CUARENTENA

José Domingo Dueñas Lorente

Centro de Estudios Senderianos (Instituto de Estudios Altoaragoneses) Huesca.



José Domingo Dueñas Lorente. Profesor de la Universidad de Zaragoza (Dpto. de Didáctica de las Lenguas y de las Ciencias Humanas y Sociales), coordina el Centro de Estudios Senderianos (adscrito al Instituto de Estudios Altoaragoneses). Se doctoró en Filología Hispánica con una tesis sobre la obra periodística de Ramón J. Sender, y ha publicado sobre el autor numerosos trabajos; también ha investigado sobre escritores anarquistas del primer tercio del siglo XX, sobre la obra de Joaquín Costa y la aportación de otros autores contemporáneos.

La] La frecuente celebración de aniversarios en que nos vemos inmersos tiene sin duda algo de falsificación, de estrategia comercial, pero también su dosis de justicia con el pasado. El apresuramiento de nuestro tiempo, el afán de novedades que campa en el mundo editorial, no es el clima más adecuado para detenerse, por ejemplo, en un autor que murió hace ahora veinte años pero que no merece sin duda el olvido ni siquiera la mera alusión tópica y tranquilizadora.



Ramón J. Sender de joven

No cabe duda de que la celebración del centenario del nacimiento de Sender que ahora concluye ha servido para hablar de un autor poco frecuentado por la crítica de actualidad, aunque sí estudiado en el mundo universitario como lo prueban, entre otras cosas, los tres congresos monográficos que sobre su vida y su obra se han celebrado dentro y fuera de España en los últimos seis años. A pesar de todo, desde poco después de la muerte del escritor, su obra parece combatir contra el olvido y la desconsideración ganando sólo pequeñas batallas que tienen que ver más que nada

con la fidelidad que se le tributa desde su Aragón natal. Y lo cierto es que Sender fue muy leído en determinados momentos. En 1934 la revista de Rafael Alberti y M^a Teresa León, *Octubre*, constataba que nuestro autor era el escritor más popular entre la clase trabajadora de acuerdo con una encuesta auspiciada por la propia publicación. Luego, a finales de los años sesenta y principios de los setenta –en el momento en que empezó a recuperarse la literatura del exilio– el novelista gozó asimismo de renombre entre los estudiosos y de singular popularidad entre el público lector. ¿Quién no leyó entonces, o algo después, *Réquiem por un campesino español* –uno de los libros de mayor tirada de todo el mundo editorial español– o *Crónica del alba*?

DEL CINCA AL PACÍFICO

S] Sender (1901-1982) nació en una pequeña población altoaragonesa, Chalamera de Cinca, donde sus padres ejercían entonces sus respectivas profesiones: la de maestra, la madre; la de secretario de ayuntamiento, el padre. Toda la familia del escritor era del cercano Alcolea de Cinca, adonde pronto regresó la familia. Tal vez por ser el primer hijo varón dentro de una descendencia numerosísima –nacieron diecinueve vástagos, aunque sólo sobrevivieron diez– Ramón José manifestó desde muy pronto una determinación poco frecuente en sus preferencias –por ejemplo, empezó a publicar en los diarios con quince años– o también una rivalidad con el padre que mantendría durante largo tiempo. Contra lo que se podía prever en un niño nacido en el mundo rural aragonés y en una familia con inquietudes culturales, por parte de la madre, pero también con ostensibles premuras económicas, Sender no sólo se abrió pronto camino en el mundo del periodismo y la literatura sino que estuvo siempre –como recordaba él más tarde– “en medio de la refriega” en todos los acontecimientos decisivos del primer tercio del XX: participó en la guerra de Marruecos por tocarle cumplir el servicio militar en Melilla en 1923; se involucró en los intentos de sublevación contra Primo de Rivera, lo que le costó dar con sus huesos en la cárcel en 1926; luego, con sus escritos echó su cuarto a espadas a favor de la República;

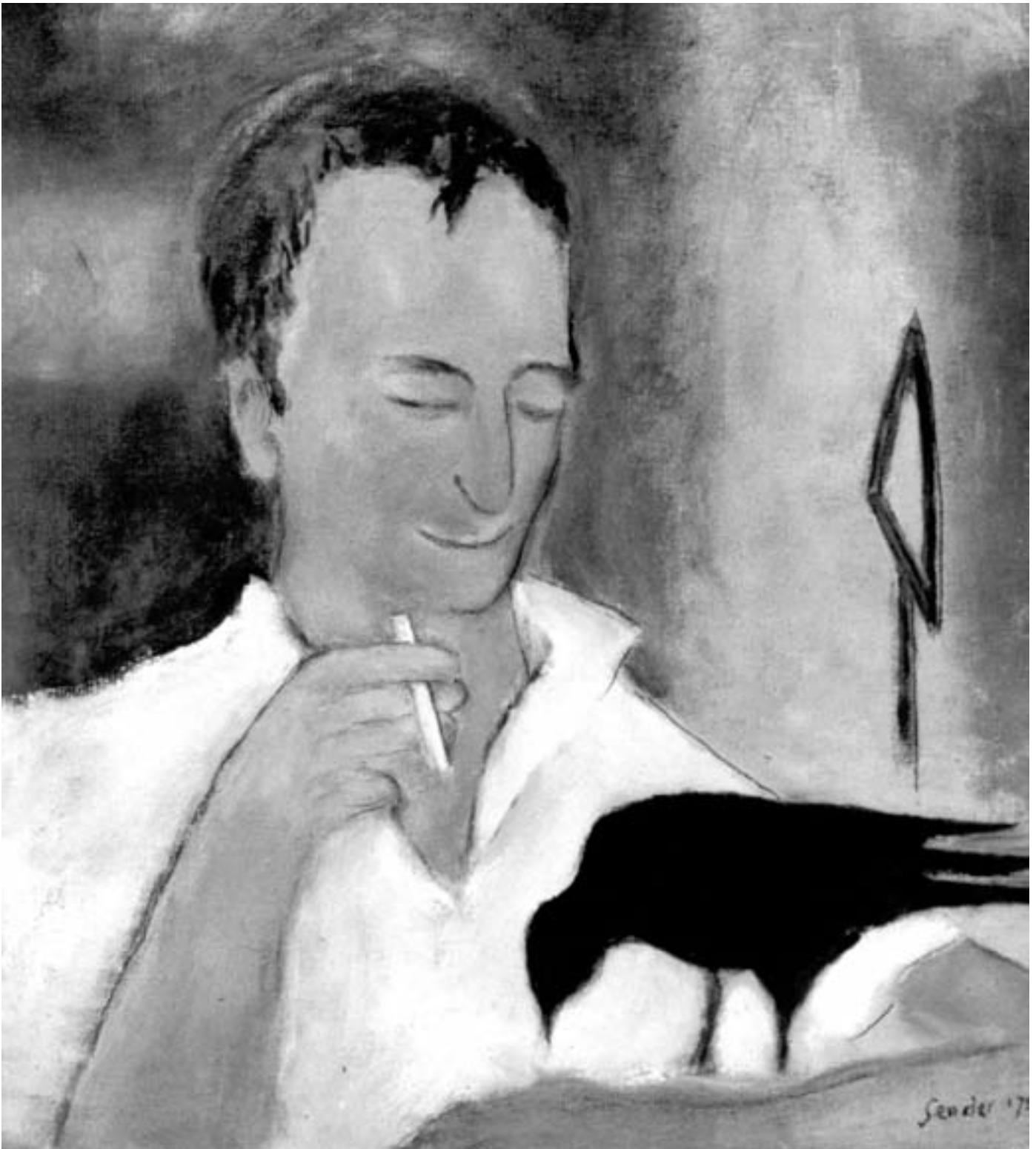
acudió como informador a la sublevación de Asturias en 1934; vivió de pleno la guerra civil, donde llegó a combatir en los frentes y donde perdió a su mujer, fusilada en Zamora, y a un hermano, Manuel, fusilado en Huesca, ciudad de la que poco antes había sido alcalde. Después, como tantos otros, sufrió un largo exilio, que para él resultaría ya definitivo y que le llevó a vivir lejos de España más de la mitad de sus 81 años de vida. Murió en San Diego (California) en enero de 1982.

ESCRIBIR PARA VIVIR. O VICEVERSA

p] Para Sender la literatura anduvo siempre pareja con su vida. Produjo una obra extensísima –más de cien volúmenes y miles de artículos–, con el afán de entender y de entenderse algo mejor y de “hacer verosímil” –como decía él– la realidad. La literatura fue para Sender poco menos que una necesidad biológica. No cesó de publicar durante sesenta y cinco años largos, y la muerte le sorprendió corrigiendo las pruebas de imprenta de su último libro, *Toque de queda*. No extrañará pues que con una obra tan extensa, el novelista haya sido acusado a menudo de escritor desigual. Sin embargo, aun siendo esto cierto, la verdad es que firmó un número poco frecuente de obras de primer orden que no merecen ser arrumbadas y que deberían bastar para concederle sin subterfugios un lugar de relevancia en las letras españolas. Ahí quedan obras como *Imán* (1930), su primera novela larga, excelente y cruda visión de la guerra de Marruecos; como *Siete domingos rojos* (1932), la crónica de su paso por el anarcosindicalismo; *Mister Witt en el cantón* (1936), que mereció el premio nacional de literatura en 1935 según la apreciación de un jurado presidido por Antonio Machado y donde estaba también Baroja; ahí queda *El lugar del hombre* (1939), y su versión definitiva titulada *El lugar de un hombre* (1958), donde narra los hechos que más tarde se han conocido como el “crimen de Cuenca”, o por supuesto ahí tiene el lector obras como *Crónica del alba* (1942-1966), *El rey y la reina* (1949), *Réquiem por un campesino español* (1953) o *Monte Odina* (1980), que desmiente el dicho de que al final el autor estaba agotado como narrador.

SIGUE PÁG.34

Sender pintado por Sender





Ramón J. SENDER

Por otra parte, Sender no sólo encarnó las “desgracias” de su tiempo, como decía recientemente un escritor coetáneo, Gregorio Gallego, sino que desde muy pronto fue uno de los autores españoles que sin perder nunca las referencias aragonesas se mostró más cerca de la sensibilidad internacional. Y ello ya fuese al ejercer de “compañero de viaje” del PCE durante los años treinta o al proclamarse después visceral y radicalmente en contra del sistema soviético. Sender creyó —y parece bastante probable que estuviera en lo cierto— que su nombre figuraba en alguna de las listas negras que confeccionó el estalinismo para purgar o liquidar a los discrepantes. En el exilio, el aragonés volvió a publicar en cabecezas libertarias y celebró grandemente a mediados de los sesenta su regreso editorial a España con su relato *El bandido adolescente*, el primer título de Sender que publicó aquí Destino tras veinticinco años largos de prohibición de sus libros.

Con motivo del centenario de su nacimiento, se han publicado o están a punto de publicarse algunas de sus obras más olvidadas, - *Proclamación de la sonrisa* (1934), *El vado* (1948), la primera versión de *Siete domingos rojos* (1932), se ha descubierto y editado una pieza teatral inédita, *La llave* (1936), se reimprimen algunos de sus títulos más señeros —*Crónica del alba* (1942-1966), *El rey y la reina* (1948), *El verdugo afa-*

SENDER Y ARAGÓN: LA FIDELIDAD A LOS ORÍGENES.

C] Cuando ya había padecido casi veinte años de exilio el narrador trataba de refrescar algunas razones “para seguir viviendo”, según él mismo decía, y así en el

prólogo de *Los cinco libros de Ariadna* (1957) escribía:

«Soy el mismo de la infancia, la adolescencia y la juventud (...) uno no cambia en lo esencial (...) Los riesgos han sido muchos pero me he ayudado hasta hoy de los valo-

de Sender, de familia de campesinos, había logrado abandonar el trabajo de la tierra y fue durante años secretario de diversos ayuntamientos, en ocasiones un no muy afortunado hombre de negocios y gerente de diversos organismos. El afán por sacar adelante del mejor modo posible a una prole tan numerosa convirtió a los Sender-Garcés en una familia un tanto errante: de Chalamera a Alcolea (1902-1910), de allí a Tauste hasta 1914, luego se establecieron en Zaragoza, en 1916 se trasladaron a Caspe, más tarde a Huesca, etc. Avatares y lugares que luego serían recogidos una y otra vez en las abundantes páginas del escritor, sobre todo tras su obligado abandono de España al final de la guerra civil.

El joven Sender ejerció el periodismo en Huesca o en Madrid e hizo del Aragón de los años veinte su principal objeto de atención profesional, lo que más tarde le sirvió sin duda para evocar desde el otro lado del Atlántico con particular conocimiento de causa e irresistible nostalgia los años de su infancia y juventud. En Huesca y a pesar de sus escasos años, Sender se hizo cargo del semanario y luego diario *La Tierra* (1919-1923), órgano de la Asociación de Labradores y Ganaderos del Alto Aragón de la que su padre ejercía entonces como gerente. El periódico era defensor, por lo tanto, de los intereses económicos de la Asociación y portavoz de los conservadores valores morales e ideológicos que la inspiraban. En esos años se forjó el escritor afanoso y de prosa certera y fácil que sería después. Aquí se ocupó de asuntos agrícolas, municipales, culturales, firmó cuentos, poesías, crónicas de viajes por los alrededores de la ciudad, reportajes sobre los Riegos del Alto Aragón, pero al mismo tiempo no descuidó sus ambiciones literarias y de entonces datan sus primeros premios literarios, uno de relatos de viaje (1922), otro de poesía (1923), otro de



Cartel oficial del Año Sender. Autor: Natalia Bayo

res más simples y primarios de la gente de mi tierra (...), de las tribus del norte del Ebro en la parte alta de Aragón (...) Para mí no existe la nación sino el territorio, el mío es Aragón y a él me atengo.»

El escritor nació, como decíamos, en el mundo rural aragonés cuando la producción agrícola empezaba a recuperarse tras una honda crisis que se había iniciado veinte años antes y que entre otras cosas había dado lugar al discurso maximalista y un tanto desesperado de Joaquín Costa. El padre



Fotografía de Sender en Estados Unidos que sirvió a Picasso para hacer la portada (imagen contigua) de *Crónica del alba*, en la que representa a Sender niño.

novela breve (1923), etc.

Salió de Huesca a principios de 1923, con veintidós años, para incorporarse al servicio militar en Melilla y porque no quiso que su padre abonase las 2.000 ptas. que costaba entonces librar a un hijo de la mili. Como disponía ya del título de bachillerato, ocupó cargos de mando y únicamente tuvo que permanecer en activo durante un año. Al regresar se incorporó al diario madrileño *El Sol*, el más prestigioso del momento con notable diferencia, baste decir que en las redacciones de la competencia se tildaba al periódico como “el Olimpo”. Ortega y Gasset era el padrino intelectual del empeño y el emprendedor Nicolás M^º de Urgoiti quien lo dirigía empresarialmente. Sender integró la plantilla de *El Sol* entre 1924 y 1930 en calidad de “redactor regional”. El periódico madrileño demostró una inusual preocupación por la realidad provincial, debido tal vez a la ascendencia vasca de Urgoiti pero también al afán que animó a Ortega de articular o “vertebrar”, como él decía, a la sociedad española. En la página de provincias, normalmente la tercera, (el diario contaba con ocho o doce páginas, según los días), no sólo se transcribían los telegramas llegados de los distintos lugares de España sino que se reforzaba la información con breves editoriales anónimos, denominados “Notas de la redacción”, donde se analizaba la actualidad de cada zona y se proponían soluciones, normalmente mediante la correspondiente solicitud a las diferentes instancias administrativas.

Sender se ocupó ahí de la actualidad aragonesa entre 1925 y 1930, en que dejó el periódico. Sus breves textos constituyen una verdadera crónica de los problemas, preocupaciones y logros del Aragón de aquellos años y denotan siempre, por parte del autor, el afán de contribuir a la modernización económica y al reconocimiento de la producción cultural de su tierra. Por ahí pasaron asuntos como el Canfranc, la Universidad de Verano de Jaca, los riegos, los nuevos tramos de ferrocarril o carretera, los intereses remolacheros, la alarmante despoblación de la zona de Albarracín y de otros lugares, la necesaria repoblación forestal, la conservación del patrimonio artístico, la conmemoración de Goya en el

primer centenario de su muerte, el reconocimiento de figuras aragonesas como Costa, Mariano de Cavia, el maestro Luna, López Allué, Gracián, Julio Cejador, la evocación de romerías, ferias o tradiciones populares, etc. En *El Sol* eran frecuentes las notas de felicitación que llegaban desde distintos puntos de Aragón por la defensa o el acertado enfoque que desde el diario se había otorgado a estos u otros asuntos. La figura y la obra regeneracionista de Costa se trasluce detrás, a modo de autoridad moral, del afán modernizador de las “notas” senderianas.

Tras el éxito de su primera novela, *Imán* (1930), Sender abandona *El Sol* y pretende dedicarse por completo a la literatura, si bien sigue colaborando asiduamente en la prensa, así en el diario republicano *La libertad* o en el anarcosindicalista *Solidaridad Obrera*. Las preocupaciones de orden social y político ocupan casi por completo sus escritos de entonces, lo mismo que sucedía con los de muchos otros autores del momento. Pretendió Sender derribar el orden burgués primero desde las filas del anarquismo (1929-1932), luego como “compañero de viaje” del comunismo soviético (1933-1938). Tras la guerra, donde ya discrepó agriamente con los procedimientos y tácticas de algunos jefes comunistas, abandonó en buena medida los intereses de orden político y recobró otros de talante antropológico y existencial que ya apuntaban en sus primeros textos: la búsqueda de lo natural como principal cobijo ante el desconcierto de vivir, el regreso a lo espontáneo, instintivo o primigenio de la naturaleza humana como refugio más seguro para sortear un tanto la perplejidad que comporta la vida, etc. Y también en ello Sender coincidió con bastantes otros escritores y artistas europeos o americanos que perdieron por las mismas fechas la fe en el paraíso comunista; así, muy semejantes a las de Sender fueron en este sentido las trayectorias de André Gide, André Malraux, Albert Camus, John Steinbeck, Arthur Koestler, George Orwell, etc.

En este momento de repliegue y de replanteamiento radical del propio sustento ideológico pero también afectivo –en la guerra había perdido Sender a su mujer y a uno de

sus hermanos, pero también su lugar, su público, sus principales referencias vitales y culturales-, no sorprende que con sólo 41 años publicara el primer tomo de *Crónica del alba* (1942), el que luego daría título a toda la serie. Ahí Sender trataba de convencerse a sí mismo de que había sido feliz; recuperaba Sender una infancia y adolescencia no sólo noveladas sino también mitificadas que adquieren las coordenadas del “paraíso perdido”. Y en su caso se verificaba sin duda lo que aseguraba Rainer M^º Rilke de que la patria más cierta del ser humano es su infancia. En *Crónica del alba* Sender reconstruye los escenarios aragoneses donde había vivido sus primeros años, también reinventa las relaciones humanas que le habían proporcionado una identidad feliz, la imagen adorada de su madre, la relación idílica con su “novia” infantil, Valentina Ventura, hija del notario de Tauste, etc. Por lo mismo, buena parte de sus relatos del exilio se desenvuelven en escenarios aragoneses, así *El lugar de un hombre*, *El vado*, *Réquiem por un campesino español*, etc.

Tras su regreso editorial y físico a España (en tres breves visitas de 1974 y 1976) el escritor recompuso en varios de sus últimos libros –*Solanar y lucernario aragonés* (1978), *Monte Odina* (1980), *Segundo solanar y lucernario* (1981)- una especie de antropología de lo aragonés que tiene mucho que ver por otra parte con lo que ya había apuntado en sus textos juveniles. Aragón se convierte así para él en “área o zona cultural” –según su expresión- de la que cabe inferir una serie de pautas éticas, unas formas y valores aquilatados por sucesivas generaciones, o, en suma, un modo de situarse ante el mundo que Sender asume como suyo: la ausencia de “máscara”, el consabido individualismo, la propensión a conductas poco convencionales pero dotadas a la vez de una consistencia inequívoca fueron algunos de los principales componentes de esta especie de mitología de lo aragonés que le ayudó –como él decía- a recuperar el “norte” en los muchos bandazos y embestidas que le propinó su tiempo. ♣